

Pascual Duarte, ejemplo de familia

Por Manuel Valle García



Presentación (La tercera salida)

El artículo que a continuación presentamos tiene su pequeña historia. El texto inicial era un trabajo de fin de curso presentado para la asignatura de «Novela Contemporánea» del curso 1983-84. Posteriormente, el profesor José Antonio Fortes me pidió que rehiciera el texto y le diera formato de artículo. Y así se publicó, sin que yo lo supiera (en aquel entonces andaba ocupado en otros asuntos) en 1991, en la revista «Letras Peninsulares» de la Universidad de Arizona. Años más tarde el profesor Fortes me informó sobre esta publicación, contándome además los no pocos escozores y los no pocos problemas que la inclusión del artículo había causado (lo que confirma algo que ya sabemos de sobra: que los dedos invisibles del poder llegan hasta los más recónditos rincones). Finalmente, hace varios años, unos amigos del IES Ferrán, de Collado-Villalba, me pidieron el texto para publicarlo en la revista del instituto (una revista excelente en sí misma, pero sorprendente si pensamos que surge en un centro de secundaria, terreno hoy no precisamente propicio para el florecimiento ningún producto cultural o intelectual), lo que supuso la segunda salida del texto, que hoy se completa con esta tercera (espero que definitiva).

La historia es completamente anodina, como ya habrá comprobado el lector. Pero la incluyo por un motivo que tal vez resulte más interesante.

Hoy, cuando el cuerpo de Cela está muerto y enterrado, se está produciendo un segundo entierro, el de su figura, al que ayudan (cada uno con su paletada de tierra correspondiente) precisamente los mismos que antes vivieron a su sombra, a la sombra de su poder omnímodo, cimentado desde el final de la guerra civil en el espacio político de la represión y la censura y edificado posteriormente en el espacio editorial, académico y universitario hasta la consecución del Nobel, pero ya antes urdiendo una tupidísima tela de araña en la que pudiera enredarse cualquiera que intentara moverse por el espacio literario español. Así, hoy, con el muerto en su tumba, se ha abierto la veda para escribir contra Cela, al igual que antes era imprescindible escribir a favor de Cela. Pero este doblote «a favor/en contra» del escritor ha ocultado siempre una ausencia: la ausencia de una escritura «crítica» sobre «la escritura de Cela». Escribir sobre los libros, escribir sobre la materialidad de la escritura literaria es lo que aprendimos en aquellos años (por eso la pequeña historia de este artículo es sobre todo una historia de fechas) en la Universidad de Granada en la obra de Juan Carlos Rodríguez (cuya determinación para la escritura de este artículo podrá comprobar suficientemente el lector). Eso es lo que pretendimos entonces, lo que, en la medida de nuestras posibilidades seguimos intentando aún.

Estación de Chinchilla. En el andén un asesino recién salido de la cárcel espera con impaciencia un tren que parece no llegar nunca:

El tren que me había de devolver al pueblo, a mi casa, a mi familia; al pueblo que volvería a encontrar otra vez en el mismo sitio, a mi casa que resplandecía al sol como una joya, a mi familia que me esperaba para más lejos, que no se imaginaría que pronto había de estar con ellos, a mi madre que en tres años a lo mejor Dios había querido suavizar, a mi hermana, a mi querida hermana, que saltaría de gozo al verme.(147)¹

El viajero no es otro que Pascual Duarte, vecino de una aldea extremeña cercana a Almendralejo, hijo del áspero y brusco contrabandista Esteban Duarte Díñiz y de la mujer de éste, de quien no conocemos el nombre, aunque sí su figura larga y chupada y su carácter desabrido y violento. Se trata del protagonista de *La familia de Pascual Duarte*, novela publicada en 1942, en plena construcción de los cimientos del régimen franquista, por un funcionario de los sindicatos verticales que acabaría haciendo carrera como escritor, de nombre Camilo José Cela.

Novela, según algunos críticos, extraña para el momento histórico, para otros novela existencial, novela del alma humana, novela social o precedente del realismo social de los 50, etc. Frente a estas interpretaciones críticas, nosotros proponemos las siguientes tesis, que trataremos de probar a lo largo del trabajo:

1.- La familia de Pascual Duarte no es una novela extemporánea, marginal o crítica respecto de la situación histórica en la que (de la que) surge, sino todo lo contrario, es decir, una novela producida desde y por la ideología que sustentará el régimen franquista.

2.- La familia de Pascual Duarte no es una novela de indagación del «alma humana» (de las pasiones humanas, de las zonas oscuras de la personalidad humana, de la psicología etc.) sino la puesta en práctica de unas determinadas categorías ideológicas –y como tal, propias de una(s) clase(s) social(es) determinada(s), nunca del género humano-, en concreto, las de la pequeñoburguesía semifeudal, con las que Cela construye un discurso religioso-moral sobre el comportamiento humano.

3.- La familia de Pascual Duarte no es en ninguna forma una novela social o un precedente de la novela social de los cincuenta, sino una novela familiar.

Como la cuestión es amplia y compleja, parece necesaria una introducción, una referencia a esa ideología pequeñoburguesa semifeudal a la que aludíamos anteriormente. Como se sabe, en España, hasta la década de los sesenta en nuestro siglo, la burguesía no llegó nunca a cuajar en su lucha por el poder contra las clases feudales. La burguesía española fue siempre débil, nuestra Ilustración muy limitada y la historia del siglo XIX, tanto en lo político como en lo ideológico puede resumirse para esta burguesía (excepto Cataluña y País Vasco) en un continuo estrellarse (Larra, Espronceda, Clarín) contra el muro formado por el pacto entre la pequeñoburguesía y las clases terratenientes semifeudales. Se consolida así una ideología moralista, tradicionalista que, exceptuando casos como los ya señalados constituye la apoyatura general para los discursos literarios del XIX y XX.² Pero señalar todo esto es no decir nada si no explicamos cuales son unas categorías ideológicas y otras, si no explicamos –aunque sea de manera esquemática- la oposición ideológica burguesía/pequeñoburguesía.

Esta oposición ideológica, en lo que a nosotros nos interesa ahora, encuentra sus momentos claves en la concepción de lo que sea el «hombre», por un lado, y la «sociedad», por otro:

1.- La noción de sujeto³, de hombre (independiente, libre, autónomo, etc.) va a ser uno de los ejes de toda la ideología burguesa en general y el caballo de batalla en su lucha contra el feudalismo. Pero esta noción no es unitaria, sino que dentro del horizonte de la burguesía clásica encontramos, al menos, dos tendencias bien diferenciadas:

Por un lado la pequeñoburguesa (con su máxima tematización en Rousseau) que concibe al sujeto como sentimiento, pasión, alma, sensibilidad etc.

Por otro lado la burguesa en estricto, que concibe al hombre básicamente como «razón» (o en la vertiente empirista como «experiencia») más «sentimiento»⁴.

Hay, pues, oposición, por cuanto en una con-

¹Cito por la 15ª edición, *La familia de Pascual Duarte*, Barcelona, Destino, 1965. Todos los subrayados son míos. La página en que aparece la cita se indica entre paréntesis.

² Ver Fortes, José Antonio «Actitud de Vanguardia en el grupo del 27» en *Lecturas del 27*, Universidad de Granada, Granada, 1980, pp. 140-141.

³ Ver Rodríguez, Juan Carlos, *Teoría e historia de la producción ideológica: las primeras literaturas burguesas*, Ed. Akal, Madrid, 1990, pp. 5 y ss.

figuración ideológica se considera que lo natural del hombre son sus sentimientos, su sensibilidad, a los que se superpone «artificialmente» la razón, mientras que en la otra, el hombre es una moneda de dos caras, ambas igualmente importantes, ambas en el mismo plano (razón y sensibilidad). La cuestión nos parece importante, pues, como veremos, las acciones criminales (y en general todas las suyas) de Pascual Duarte van a ser siempre pasionales, nunca racionales (volveremos sobre ello).

2.- Pero las diferencias más relevantes aparecen al analizar las nociones de «Sociedad» y «Familia», diferencias que surgen en torno a la polémica dieciochesca sobre la cuestión del Contrato Social. También nos encontramos aquí una oposición significativa, aunque no entendida a menudo por historiadores y críticos. Juan Carlos Rodríguez la señala certeramente:

Pues, en efecto: ¿qué es lo que los ideólogos liberales estrictos, desde Locke –Hobbes también– sobre todo, y luego todos los teóricos de la revolución americana (como Payne) quieren decir realmente con el término de contrato social, convenio social etc.? Lo que quieren decir en principio es bien sencillo: la sociedad no tienen nada que ver con Dios, su origen no es divino, si la sociedad es como es, no se debe a que obedezca a designios sacralizados. En 1642 los parlamentarios ingleses pronuncian una frase tremenda, tan revolucionaria en su momento como la revolución de Galileo: «Las revoluciones se hacen», es decir, ... las leyes que rigen en ella (la política) están hechas por los mismos hombres. Este es pues el primer nivel de la teoría del Contrato. Si no se deja sentado de una vez que los nobles no son nobles por el deseo de Dios sino por cuestiones meramente humanas, no se puede echar abajo a los nobles. Pero para llegar a este enunciado, para construirlo, se necesita una lógica interna muy especial. Esta: para Locke, para los liberales no puede existir sociedad ninguna antes de que los hombres quieran establecerla... la sociedad nace únicamente en el momento que los hombres la establecen. Para Rousseau no; para él la sociedad existe antes del contrato: los hombres son ya por naturaleza, en naturaleza, una sociedad, y un día, viviendo ya en sociedad, deciden establecer un contrato para crear no la sociedad, que ya existe, sino el Estado — la comunidad familiar y las fiestas populares son los elementos «naturales» (y por tanto «verdaderos» según su lenguaje): («la más antigua de todas las sociedades y la única natural es la de la familia...»)⁵

⁴ Ver Rodríguez, Juan Carlos, «Escena árbitro/estado árbitro (Notas sobre el desarrollo del teatro desde el XVIII a nuestros días)» en *La Norma Literaria*, Diputación de Granada, Granada, 1990. Ver también Fortes, José Antonio, «Las noches del Romanticismo» en *Hombre de bien. Estudios sobre la vida y obra de Cadalso*, Universidad de Granada, Granada, 1982.

La cita es larga pero inexcusable, porque cuando el fascismo y el tradicionalismo españoles dicen que la política, los partidos y los políticos, la democracia, etc. son algo artificial y nocivo y que habría que erradicarlos para colocar en su lugar las instituciones naturales, es decir, Familia, Municipio, Sindicato (vertical, por supuesto) Patria (pretendiendo ser todas, en el fondo, una familia, grande o pequeña), y cuando Cela escribe su novela sobre los conceptos de pueblo, casa y, sobre todo –ya desde el mismo título, no lo olvidemos– familia, cuando se nos dice todo eso, no es otra cosa que las concepciones pequeñoburguesas lo que constituye la apoyatura teórica de estas ideologías políticas (fascismo, nacionalcatolicismo) o literarias (Cela).

La apreciación nos parece relevante pues a partir de este momento podemos entender la vacuidad de polemizar sobre si La familia de Pascual Duarte es o no una novela social o presocial. Ni lo es ni deja de serlo, simplemente se sitúa en otra perspectiva ideológica: la sociedad no existe sino como una prolongación de la familia, como una gran familia. No procede, no existe, por tanto un «análisis de la sociedad», sino un análisis de la familia. Y ello señalado explícitamente en el propio texto: «ejemplo de familias sería mi vivir si hubiera discurredo todo él por las serenas sendas de hoy»(124)

Hemos aislado, pues, dos nociones claves de la ideología pequeñoburguesa que aparecerán desarrolladas en La familia de Pascual Duarte: la del sujeto, concebido como sensibilidad, pasión sentimiento, etc. y la de la familia, concebida como sociedad natural, primera, aparte de y muchas veces enfrentada a la política, considerada como artificial.

Ahora bien, toda esta temática naturalista y familiarista no puede ser traspasada sin más a España, ya que, como decíamos anteriormente, la burguesía española no llegó a provocar nunca una ruptura de cierto alcance con el feudalismo. Ya durante la etapa absolutista que corresponde a las primeras formaciones burguesas, el Estado absolutista español no dejó nunca de estar sacralizado y a partir de Felipe II se produce una refeudalización en todos los niveles, y, por supuesto en el ideológico, dando lugar a una serie de nociones suficientemente conocidas, tales como la honra, la sangre, el linaje etc. que aparecen profusamente en el teatro del XVIII.⁶

⁵ Rodríguez, Juan Carlos, *La Norma Literaria*, pp. 138-139.

En ese momento de fracaso de la burguesía que se produce en los siglos XVII-XIX, dando lugar a una formación social creada por el pacto de la pequeñoburguesía con las clases terratenientes supervivientes del feudalismo, cuando la ideología pequeñoburguesa naturalista mira al campo, a la naturaleza, se encontrará con lo que en realidad nunca había sido abandonado, es decir, la estructura feudal y semifeudal agraria, con una configuración ideológica propia del absolutismo feudalizante y sacralizante al que antes aludíamos.

Habría que hacer, sin embargo, varias precisiones: cuando esto ocurre, en otros países (Francia, Inglaterra) se habían hecho ya las revoluciones burguesas, lo cual da lugar a que todas estas temáticas feudalizantes -que se sienten ya como evidentemente distintas- sean consideradas como lo propio del ser de España, como lo propiamente español, entendiendo como extranjeras (y por lo tanto artificiales) las propuestas propias de la burguesía, incluso en su fase ilustrada. De ahí, por ejemplo, el apelativo de «afrancesados» para los ilustrados españoles.

Si esto sucede así, es porque la estructura ideológica pequeñoburguesa feudalizante se engarza con la noción también pequeñoburguesa de «pueblo». En el Absolutismo, y mucho más durante el feudalismo, existía una diferencia perfectamente clara entre la nobleza y los siervos, y así, lo que servía para una clase, no era válido para otra. Por ello, toda la temática del honor, la sangre, el linaje, etc. es sólo propia de la nobleza, y nunca de los plebeyos. Los ejemplos son múltiples y no insistiremos en ello. Pero al aparecer las nociones de «pueblo», «pueblo español», «caracteres del pueblo español» etc. y tenerse que rellenar con nociones ideológicas propias, aparece la asunción por parte de la pequeñoburguesía y las clases populares y campesinas de la ideología feudalizante, no ya considerada como justa para la nobleza o las clases dominantes, sino como apropiadas para ellas mismas. Es con todos estos elementos con lo que se construye ese perfecto manual de nacional-catolicismo que es *La gaviota*,⁷ de Fernán Caballero (y en general toda su obra).

Pero volvamos con Pascual Duarte, al que habíamos dejado en el andén de la estación de Chinchilla, esperando ese tren que había de devolverlo a su pueblo, a su casa, a su familia. Ese tren, que se

hacía esperar, acaba por llegar, y al cabo de muchos tumbos, Pascual regresa a su mundo deseado y propio. Y ¿qué es lo que sucede entonces?:

1. En la estación no hay nadie para recibirlo: «*Nadie, absolutamente nadie... Cuando llegué, un frío agudo como una daga se me clavó en el corazón.*» (155). Sólo el jefe de estación, que sin embargo, no hace ningún caso a Pascual: «*Y se dio media vuelta sin hacerme más caso... La sangre se me agolpó a los oídos y las lágrimas estuvieron a pique de aparecerme en ambos ojos. Al señor Gregorio no le importaba nada mi libertad.*»(155). La consecuencia es clara: «*torcí por una senda que desde ella llevaba hasta la carretera donde estaba mi casa, sin necesidad de pasar por el pueblo*» (155)

2. En cuanto a su casa, de la que hasta el olor le resultaba imprescindible:

Es extraño, pero, de mozo, si me privaban de aquel olor me entraban unas angustias como de muerte, me acuerdo de aquel viaje que hice a la capital por mor de las quintas; anduve todo el día de Dios desazonado, venteando los aires como un perro de caza. Cuando me fui a acostar, en la posada, olí mi pantalón de pana. La sangre me calentaba todo el cuerpo. Quité a un lado la almohada y apoyé la cabeza para dormir sobre mi pantalón, doblado. Dormí como una piedra aquella noche. (30)

y que él imaginaba reluciente -«*resplandecía como una joya*» (151)-, la encuentra oscura, triste, desangelada (pues llega a ella de noche, después de pasar junto al cementerio) y ni siquiera se atreve a llamar.

3.- Cuando por fin lo hace, no es su familia, sino una madre hosca y hostil lo que se encuentra:

-¿Quién?

Era la voz de mi madre. Sentí alegría al oírla, para qué mentir.

-Yo, Pascual.

Abrió la puerta; a la luz del candil parecía una bruja.

-¿Qué quieres?

-¿Qué qué quiero?

-Sí

-Entrar, ¿qué voy a querer? (159)

Por otra parte, su hermana no está, ya que ha vuelto al prostíbulo en Almendralejo. No hay reencuentro, pues, con la familia.

Las tintas están demasiado cargadas y aunque la construcción es evidentemente artificiosa y forzada, sobre todo el diálogo con la madre, no por ello deja de existir, sino muy al contrario, un funcio-

⁷ Ver Mainer, J. C., «Casi un siglo de letras provincianas (1833-1920)» en *Las Nuevas Letras* nº 1 (Diciembre de 1984), pp. 9-26.

⁶ Rodríguez, Juan Carlos, *Teoría e historia...* pp. 18 y ss.

namiento ideológico preciso: Pascual Duarte depende totalmente de su realidad natural (pueblo, casa, familia). Si esta realidad lo rechaza, Pascual se verá abocado al dolor: «*Creí morir. Hubiera dado dinero por verme todavía en el penal.*» (160). Y en última instancia al asesinato: con posterioridad se producirá el último crimen de la narración, el de la madre.

Este proceso de rechazo o frustración familiar seguido de acto criminal se produce varias veces en la novela, constituyendo una de las claves estructurales de la misma. Pero debemos aclarar que no se trata en absoluto de que el personaje Pascual Duarte lo sienta así, sino que la narración intenta demostrar este funcionamiento, es decir, que nos encontramos no con las ideas del personaje, sino con la lógica constructiva de la novela: no en balde ésta comienza precisamente describiendo el pueblo, la casa y, por último, la familia.

Es evidente, sin embargo, que estas tres nociones están desequilibradas en el relato: la casa no es otra cosa que el espacio material donde se desarrolla la vida familiar y el pueblo (municipio, en la denominación oficial) no es para el tradicionalismo otra cosa -como señalábamos- que una gran familia. La familia es, insistimos, el elemento clave, y a él dedicaremos la mayor parte de nuestro análisis.

1.- En primer lugar, ya desde el mismo título encontramos el término; a menudo, por abreviar se dice «el Pascual Duarte», (como se dice el Quijote, o El Lazarillo, etc.) pero en este caso al recortar el título se incurre en una imprecisión. El título completo es, no lo olvidemos, La familia de Pascual Duarte, y aquí, el elemento nuclear es, evidentemente, familia.

2.- Pero no se trata solamente del título: el propio Pascual lo señala en sus memorias: «*ejemplo de familias sería mi vivir si hubiera discurrido*».

3.- La estructura familiar impregna toda la novela. Si nos fijamos, por ejemplo, en los personajes, podemos ver que son sistemáticamente presentados en sus relaciones familiares, nunca en su vida individual. Nada conocemos de ellos excepto su relación familiar con Pascual. Nada sabemos de las ocupaciones o aficiones de su padre (excepto que mucho antes fue contrabandista) ni de la vida cotidiana de la madre. Ningún rasgo psicológico define a Lola, que en nada que no sea el físico podemos diferenciar de Encarna. Lo mismo ocurre con Rosario desde el momento que se hace mayor (se

marcha al prostíbulo). Sólo sabemos de ellos que son padre, madre, esposas o hermana de Pascual, el cual (tampoco conocemos bien ni siquiera su trabajo) es a su vez hijo, esposo o hermano de ellos. Pero nada más. Intentar buscar profundidad psicológica es equivocar el camino. No caracteres, sino modelos, tipos son los que pueblan el relato.

¿Cómo es, pues, la familia (las familias) de Pascual Duarte?. Comencemos por el carácter de los componentes: el padre es «*áspero y brusco*» (35), ladrón y contrabandista, violento; la madre es «*larga y chupada*», «*desabrida y violenta*» (36), blasfema y sucia, borracha y bubosa. No es así difícil adivinar como sería la vida familiar:

Se llevaban mal mis padres... cualquier motivo, por pequeño que fuese, bastara para desencadenar la tormenta, que se prolongaba después días y días sin que se le viese el fin. Yo, por lo general no tomaba el partido de ninguno, porque si he de decir verdad tanto me daba el que cobrase el uno como el otro. (37-38)

En cuanto a su hermana Rosario, a los 14 años abandona la casa y la familia, a las que volverá sólo intermitentemente, para dedicarse a la prostitución. Mario, por otra parte, cumple en la novela la función de mostrar a través de su desvalimiento la diferencia entre Pascual y Rosario, cariñosos y bondadosos con él, y su madre, despreocupada por el hijo.

No existe, pues, posibilidad alguna de convivencia familiar en la familia de Esteban Duarte Díñez. Esto hará que su hijo Pascual se críe entre la violencia y la amargura, rasgos que serán decisivos en su carácter.

La segunda familia (si así podemos decirlo, porque el modelo de familia que se propone es patriarcal, es decir, desde los abuelos hasta los nietos) de Pascual Duarte es la que éste, muerto su padre y con Rosario ya en el prostíbulo, intenta formar con Lola. ¿Quién es, cómo es Lola?:

era alta, morena de color ... y por el mucho desarrollo que mostraba cualquiera daría en pensar que se encontraba delante de una madre. (65)

Así es como nos la presenta el narrador, en su figura familiar de madre, nunca con caracteres psicológicos propios. Lola es, señalémoslo, precisamente lo contrario de la madre de Pascual. Lola es, por otra parte:

tan desconocedora de varón como una novicia; es esto una cosa sobre la que quiero hacer hincapié para evitar que puedan formarse torcidas ideas sobre ella. (66)

Es decir, la mujer adecuada para formar una familia. Y a ello se aplica Pascual. Se acuesta con ella en la primera ocasión en que se dirigen la palabra. Ella se queda preñada y ya son novios enamorados:

Era así como la quería: joven y con un hijo en el vientre: con un hijo mío, a quien, por entonces me hacía la ilusión de criar y de hacer de él un hombre de provecho... (75)

Al pasar por el quicio me gustó más que nunca. (76)

Lógicamente, Pascual «cumple como un hombre» casándose con ella: *«para eso ha creado Dios a los hombres y a las mujeres, para la perpetuación de la especie»*.

Todo encaminado, como vemos, a la creación de una nueva familia mediante es hijo esperado. Pero el intento se trunca, porque Lola aborta al caerse de la yegua, recién llegados de la luna de miel. La primera reacción de Pascual será matar a la yegua, a pesar de que es inocente. La relación ruptura de familia-asesinato es aquí evidente.

Lola, sin embargo, volverá a quedarse embarazada y tener un hijo: «mi primer hijo» (100), renaciendo la alegría de Pascual:

La figura que formaba, toda desmelenada dándole de mamar a la criatura fue una de las cosas que más me impresionaron en la vida; aquello solo me compensaba con creces los muchos cientos de malos ratos pasados.

Lola se reía, ¡era feliz! Yo también me sentía feliz ¿por qué no decirlo?, viéndola a ella, hermosa como pocas, con un hijo en el brazo como una Santa María.

-¡Haremos de él un hombre de provecho!

¡Qué ajenos estábamos los dos a que Dios —que todo lo dispone para la buena marcha de los universos— nos lo había de quitar! Nuestra ilusión, todo nuestro bien, nuestra fortuna entera, que era nuestro hijo, habíamos de acabar perdiéndolo aun antes de poder probar a encarrilarlo. ¡Misterios de los afectos, que se nos van cuando más falta nos hacen!.(102)

Como podemos ver, los únicos momentos alegres de la vida de Pascual son aquellos en que es padre de familia. Pero, de nuevo la alegría dura poco: el niño morirá a los once meses víctima de un mal aire. Como Pascual no puede asesinar al mal aire ni soportar los murmullos (mal aire) de su mujer (ya no madre de su hijo) y de su propia madre, a la que desde hace tiempo no considera como tal:

... quería hacer un claro en la memoria que dejase ver hacia qué tiempo dejó de ser una madre en mi corazón y hacia qué tiempo llegó después a convertirse en un enemigo. En un enemigo rabioso, que no hay peor odio que el de la misma sangre. (62)

no tiene más remedio que huir, primero a Madrid, luego a La Coruña. Pero Pascual Duarte, ya lo vimos, no es nadie (no es nada) fuera de su pueblo, casa, familia y acaba por volver. Para entonces Lola está de nuevo embarazada, pero ahora de Paco el Estirao, el chulo de Rosario. Pascual llega incluso al extremo de consentir la deshonra con tal de llegar a tener esa mujer y ese hijo:

-Te perdono, Lola.

... la cogí la cabeza, la acaricié, la hablé con más cariño que el que usara jamás el esposo más fiel; la mimé contra mi hombro, comprensivo de lo mucho que sufría...(140)

pero ella muere del miedo que le produce delatar al padre de su hijo. Se da entonces de nuevo el proceso ruptura de familia-asesinato. Esta vez, quien muere es —en una escena también bastante forzada— Paco el Estirao, lo que le costará a Pascual tres años de prisión en Chinchilla.

A la salida comienza el tercer intento por crear una familia, esta vez con Encarna, una vecina que quería a Pascual de antiguo y lo estaba esperando. Con ella se volverá a casar, pero este matrimonio no llegará a tener ningún hijo, que sepamos (volveremos sobre ello). El final del relato será de nuevo un asesinato, esta vez de su madre.

Creemos poder ahora, después del repaso a la vida familiar de Pascual, enunciar una nueva conclusión: lo que La familia de Pascual Duarte narra no es la relación de los crímenes de éste, sino su imposibilidad de formar una familia. Esta es la verdadera tragedia, el núcleo narrativo, mientras que los asesinatos no son más que la consecuencia sangrienta de esta imposibilidad. Paradójicamente, un libro titulado *La familia de...* no trata de otra cosa que de la inexistencia real de tal familia, con las consecuencias trágicas derivadas.

Contra nuestras afirmaciones se podría aducir la siguiente cita extraída del libro: *«Mi hermana, cuando venía, dormía siempre en ella, y los chiquillos, cuando los tuve, también tiraban por ahí en cuanto se despegaban de la madre.»* (30). Esta cita parece indicar que en algún momento de su vida, Pascual Duarte consigue tener hijos y criarlos. Pero hay que hacer varias objeciones: el hecho de que Pascual llegue a tener hijos y criarlos va contra el tono general del relato; pero es que, además, parece imposible que ello pudiera haber ocurrido. Con Lola, desde luego no puede ser, y en cuanto al matrimonio con Encarna, tampoco parece que pudieran llegar a criar hijos (*«Llevábamos ya dos meses de casados cuando...»*) (167) Pascual Duarte co-

mienza a reconcentrar el odio contra su madre, odio que, tras algunas reflexiones del narrador, en breves páginas acabará por desembocar en el asesinato de la madre, por el que

parece evidente que volviera de nuevo al penal de Chinchilla (de sus mismas palabras se infiere) donde debió estar hasta el año 35 o quién sabe si hasta el 36. (178)

Pascual Duarte moriría en el 37: no hay, por tanto posibilidad de que llegara a tener y criar hijos, y la cita en que aparece debemos considerarla como un desajuste (uno de tantos, por otra parte) de la construcción del relato.

Con tal historia familiar y personal Pascual Duarte y su relato aspiran a convertirse en modelos: «ejemplo de familias sería mi vivir si ...» ¿Cómo tales individuo y familia pueden resultar modélicos. La respuesta es sencilla: por inversión.

El personaje, a mi modo de ver, y quizá por lo único que sale a la luz es un modelo de conductas; un modelo no para imitarlo, sino para huirlo; un modelo ante el cual toda actitud de duda sobra; un modelo ante el que no cabe sino decir: «¿Ves lo que hace? Pues hace lo contrario de lo que debiera.» (18)

La cuestión no admite dudas, mucho más si tenemos en cuenta que el narrador coloca el párrafo anterior en la segunda página del libro, en la Nota del Transcriptor, con la clara intención de encauzar al lector por un tipo de lectura determinada. El libro aparece, pues, con la clara intención de convertirse en modelo social y moral para el nuevo (es un decir) régimen que aparece en España a partir de 1939.

Pero no basta con señalar la importancia del concepto de «familia» en la novela, sino que nuestra próxima tarea tendrá que consistir en señalar cuál es el rasgo básico, determinante, por el que esta familia se define; hora es ya de decirlo la sangre; pues la sangre es la segunda noción clave del relato. Seguramente no existe otra novela española donde la sangre (incluso el propio término) aparezca de forma tan abundante, tan obsesiva, tan palpable como en *La familia de Pascual Duarte*.

En primer lugar, en la caracterización de los estados de ánimo del personaje. Expresiones tales como: «la sangre me calentaba todo el cuerpo», «me calentaba la sangre», «el odio más ahogado era lo único que por mí sangre corría», «la sangre seguía golpeándome las sienes» y otras -como hemos podido ver anteriormente- recorren de parte a parte

la novela, apareciendo siempre en cada momento climático. La sangre es tan importante que hasta Lola llega a decir a Pascual: «Es que la sangre parece como el abono de tu vida ...». y efectivamente es así en la novela.

La sangre, como sabemos, es la noción clave de la «familia» feudal, la determinación del linaje, en contra de la concepción clásica de la familia, que entiende a ésta como un pequeño contrato social entre sus componentes.^{8[8]} El concepto de sangre, que nunca dejó de actuar en la literatura española, es recogido por Cela como noción privilegiada en su tematización de la familia: el ser, el ánimo, la esencia del individuo está constituido por su sangre; los conflictos principales en la vida del hombre son conflictos de sangre, incluso el peor enemigo es el enemigo de sangre: «*No hay peor odio que el de la misma sangre*» (62)

Y los conflictos de sangre se solucionan, como en el teatro del XVII, con sangre. De ahí la aparición clara y contundente, palpable, densa, caliente y viscosa, de la sangre en cada una de las muertes a las que asistimos en la novela: En la muerte de Chispa: «*Cogí la escopeta y disparé; volví a cargar y volví a disparar. La perra tenía una sangre oscura y pegajosa que se extendía poco a poco por la tierra.*» (33); En la reyerta con Zacarías (al que no llega a matar): «*Cuando se lo llevaban... le iba manando la sangre como de un manantial.*» (92); En la muerte de la yegua: «*La sangre me llegaba hasta el codo*» (97); En la muerte del Estirao: «*empezó a arrojar sangre por la boca*» (147); En la muerte de la madre: «*La sangre corría como desbocada y me golpeó la cara. Estaba caliente como un vientre y sabía lo mismo que la sangre de los corderos.*» (176)

¿Violencia? ¿Truculencia? ¿Tremendismo? Puede ser,⁹ pero nunca, desde luego como elemento principal de la vida y crímenes de Pascual Duarte. Lo básico, lo determinante no es la violencia sino ese elemento feudal, principio y fin, condición sine qua non de la familia y el linaje que es la sangre.

Pero nunca la sangre fría.

Y retornamos en este momento a una de las nociones que habíamos aislado en la introducción: la de la sensibilidad, la pasión, el sentimiento como los caracteres naturales definidores del espíritu humano. En Cela, esta noción aparece claramente: Pascual Duarte es esclavo de sus pasiones, en el

sentido de que no puede dejar de seguirlas. Pero mientras en Rousseau, decíamos, la sensibilidad, como elemento natural del alma humana era siempre buena, en Cela hay una recuperación del feudalismo cristiano que afirmaba que las pasiones son malas y el hombre debe sujetarlas; como decía San Pablo, las pasiones son un caballo desbocado que hay que refrenar. El mismo Pascual Duarte nos dice que sus padres eran incapaces de «pensar los principios y refrenar los instintos», aunque él mismo tampoco llegará nunca a conseguirlo. Inmerso en esta contradicción, Pascual Duarte no puede reprimir sus instintos porque le son naturales, pero tampoco puede dejar de hacerlo porque sería un pecado. Por ello, el asesinato llega siempre como fruto del afloramiento de las pasiones y nunca como un acto «racional»: «*Se mata sin pensar, bien probado lo tengo, a veces sin querer*» (116)¹⁰

Solamente aparece en la narración una muerte que Pascual prepara con premeditación, la de su madre, pero llegado el momento de cometer el crimen: «*No podía, era algo superior a mis fuerzas, algo que me revolvía la sangre... me era completamente imposible matar; estaba como paralítico*» (174-175). Y al final sólo es capaz de matarla cuando ella se despierta y hace aflorar en él -despierta en él- su odio.

El análisis se nos quedaría cojo si no señalamos un elemento final que da sentido, que cohesiona como un cemento las categorías anteriores: nos referimos a la sacralización de la realidad que aparece en toda la novela.

Hora es ya también de decirlo: el término que, junto con sangre, aparece más frecuentemente en la novela es Dios (o sinónimos como: las Cielos, la Providencia...) y tal aparición no puede menos que resultarnos significativa. Pero el análisis literario no es estadística, y hay que buscar el sentido de una obra no en porcentajes sino en estructuras ideológicas. Nos parece pues más adecuado encarar la cuestión mediante el análisis de una cita, a nuestro juicio, importantísima, que aparece en el segundo capítulo; dice Pascual:

⁹ El mejor antídoto contra este lenguaje supuestamente mundano, claro, violento, realista usado por ideólogos del nacionalcatolicismo nos lo ofrece Juan Marsé en los capítulos que dedica a los cursillos religiosos de la masía Colores, en La oscura historia de la prima Montse.

Se llevaban mal mis padre: a la poca educación se unía su escasez de virtudes y su falta de conformidad con lo que Dios les mandaba –defectos todos ellos que, para mi desgracia hube de heredar, y esto hacía que se cuidaran bien poco de pensar los principios y refrenar los instintos, lo que daba lugar a que cualquier motivo por pequeño que fuese, bastara para desencadenar la tormenta, que se prologaba después días y días sin que se le viese el fin. (37-38)

Hay mucho que comentar en este párrafo y conviene ir por partes:

A su poca educación se unía su escasez de virtudes y su falta de conformidad con lo que Dios les mandaba.

Aparecen en esta frase tres elementos, de los que uno (poca educación) parece, en principio, contradictorio con los otros dos (virtudes y conformidad con Dios). Como se sabe, la «educación» es una noción propia de la ideología ilustrada del XVIII, en su lucha contra el feudalismo (contra el Altar y el Trono), entendiendo la ideología feudal como repleta de supersticiones. Se trataba de enseñar, de educar, de ilustrar al «pueblo» para que no se dejara engañar por ninguna superstición (idea ajena a la Razón), entre ellas, principalmente, las religiosas. Sin embargo, en Cela, el término aparece, como vemos, ligado a «virtudes» y «conformidad con Dios». ¿Qué ha ocurrido? ¿cómo se salvó esta contradicción? Veamos lo que en 1943, José Ibáñez Marín, entonces Ministro de Educación, dice en la presentación de la Ley de Ordenación Universitaria:

Lo verdaderamente importante desde el punto de vista político es cristalizar la enseñanza del Estado, arrancar de la docencia y la creación científica la neutralidad ideológica y desterrar el laicismo para formar una nueva juventud poseída de aquel principio agustiniano de que mucha ciencia nos acerca al Ser Supremo.

Y no son otras las intenciones con las que se creó el CSIC en noviembre de 1939, transparentes en el preámbulo del Decreto de fundación:

Tal empeño ha de cimentarse, ante todo, en la restauración de la clásica y cristiana unidad de las ciencias, destruida en el XVIII... hay que imponer, en suma, al orden de la cultura, las ideas que han inspirado nuestro Glorioso Movimiento, en el que se conjugan las lecciones más puras de la Tradición universal y católica con las experiencias de la modernidad.¹¹

¹⁰ Anotemos, aunque sea de paso, la importancia que la violencia y el irracionalismo tienen en la ideología fascista; recordemos la «dialéctica de los puños y las pistolas».

El cambio de sentido del término educación, para esta ideología es evidente: conocer, tener educación significa no ya usar la «razón» para comprender «la realidad», sino comprender y aceptar los principios del cristianismo, el catolicismo y el Movimiento (que son lo mismo, por otra parte, desde su propio punto de vista).

Pero pasemos adelante: ¿qué significa «lo que Dios les mandaba»? Sencillamente que el dueño de la vida de los hombres es Dios, es decir, que no son los hombres los que hacen la historia, sino Dios, y que la realidad terrenal es fruto, en última instancia, no del quehacer humano, sino de la voluntad de Dios. Como en nuestra lengua cotidiana la expresión «como Dios manda» ha llegado a ser una frase hecha, su uso en la novela no parece una prueba suficiente; por ello hay que señalar que no se trata de un caso aislado, sino que expresiones similares recorren todo el libro; podemos leer «hágase lo que está escrito en el libro de los Cielos», «*para cuando Dios quiera dejarme de la mano*», «*Dios ... encarriló su discurrir hacia otros menesteres*», «*lo hubiera hecho si Dios lo hubiera permitido*», etc. El mismo Pascual, cuando ve llegada la hora de su muerte pronuncia: «*Hágase la voluntad de Dios*».

Lo importante, lo decisivo para nosotros no es que la voluntad de Dios determine o no la vida de Pascual Duarte o que éste se conforme o no a vivir virtuosamente, sino que la sacralización que impregna el texto de arriba abajo convierte a Dios en garante, en respaldo no sólo de los acontecimientos o temáticas que aparecen en la novela, sino sobre todo de las categorías ideológicas expresadas en el libro. No es ya que la familia patriarcal semifeudal la sangre, la maternidad o la virtud sean «buenas», sino que son categorías sagradas, esto es, determinadas por la voluntad divina, al igual que lo sería globalmente toda la historia española (*Francisco Franco, Caudillo de España por la Gracia de Dios, etc.*).¹²

No debe extrañar entonces que la narración esté concebida como una confesión pública que Pascual Duarte considera complementaria de la confesión que ha hecho ante el sacerdote del presidio:

... Y como quiero descargar en lo que pueda mi con-

ciencia con esta pública confesión, que no es poca penitencia, es por lo que me he inclinado a relatar algo de lo que me acuerdo de mi vida. (19-20)

O en otro párrafo:

Hoy, más cerca ya de la otra vida, estoy más resignado. Que Dios se haya dignado a darme su perdón. (21)

Noto cierto descanso después de haber relatado todo lo que pasé y hay momentos en que la conciencia me remuerde menos.

No debe extrañar tampoco que lo que Pascual Duarte confiesa sean pecados y no delitos, y que mientras que ignoramos por completo el recorrido legal que sus crímenes producen (apresamientos, juicios, vida carcelaria etc.) se nos relaten remansada y minuciosamente sus cavilaciones morales y religiosas, su confesión, su purificación de conciencia, que lo lleva hasta el arrepentimiento desde el que (Guzmán de Alfarache y nunca Lázaro de Tormes como se ha querido ver)¹³ nos cuenta su vida, hasta el arrepentimiento que lo convierte -¡ahora sí!- en modelo para imitarlo, no para huirlo:

... su muerte habría de haberse tenido como santa.

Ejemplo de todos los que la presenciemos hubo de ser... y provechosas consecuencias para mi dulce ministerio de la cura de almas hube de sacar de todo lo que vi. ¡Que Dios lo haya acogido en su santo seno!. (181)

Nos aparece así una nueva prueba contra las interpretaciones del texto como una novela de carácter social. El hecho de que sea la «poca educación», la «escasez de virtudes», (no la escasez material) y la «poca conformidad con Dios» lo que, según el libro, provoca los conflictos, viene a desvanecer aún más cualquier supuesta relación con la novela social. No hay «injusticias» provocadas por la «situación social», sino «pecados» producidos por la «escasez de virtudes» y la «falta de conformidad con Dios». No hay conflictos históricos y sociales en la vida de Pascual Duarte, sino morales y religiosos.

Concluimos: *La familia de Pascual Duarte* no es en ningún sentido una novela realista, una novela psicológica y muchísimo menos una novela de crítica social del franquismo, sino un relato configurado plenamente desde las categorías ideológicas que hicieron posible el nacional catolicismo. No es de extrañar entonces que un libro de escritura tan precisamente controlada se presente en 1942 con este extraordinario párrafo:

¹¹Cita recogida, como la anterior, de la Historia social de la literatura española, Carlos Blanco Aguinaga et al., Madrid, Castalia, 1979, pp 79-80

¹²Ver Althusser, Louis, Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis, Siglo XXI, Madrid, 1974

¹³Ver Rodríguez, Juan Carlos, La literatura del pobre, Comares, Granada 194.

NOTA DEL TRANSCRIPTOR.

Me parece que *ha llegado la ocasión de dar a la imprenta* las memorias de Pascual Duarte. *Haberlas dado antes hubiera sido quizás un poco precipitado*; no quise acelerarme en su preparación porque todas las cosas quieren su tiempo, incluso la corrección de la errada ortografía de un manuscrito y porque a nada bueno ha de conducir una labor trazada, como quien dice, a uña de caballo. *Haberlas dado después, no hubiera tenido, para mí, ninguna justificación*: las cosas deben ser mostradas una vez acabadas.(13)